

DIONI PORTA

El hombre sin móvil

a Carito

BUSCO A ALGUIEN QUE se avenga a prestarme el móvil para llamar a casa y así poder avisar a Núria de que llegaré tarde. Hacía mucho tiempo que no necesitaba hacerlo y me da mucha pereza, porque la gente cada vez es más desconfiada. Además, son las siete de la mañana y esta es la hora punta de la cautela. Más aún por esta parte de la ciudad.

Me detengo, apoyado ligeramente en una farola, y me masajeo la rodilla izquierda. La siento extraña, quizás inflamada y más caliente de lo habitual, aunque soy incapaz de determinar si puede tratarse de algo grave. Me chupo los dedos y los aplico sobre el punto de dolor, por si hubiera algo de cierto en la promesa de mi madre: la saliva cura.

Empecé a correr hace diez años y afortunadamente no he tenido ninguna lesión. Doy un buen uso a mis piernas, pero no conozco sus misterios ni sus mensajes. Solo sé que la rodilla me duele mucho al trotar, así que tendré que volver a casa caminando. No llegaré hasta pasadas las ocho, cuando Núria y Candela ya se habrán marchado preocupadas por no tener noticias mías. A no ser que consiga un móvil y pueda contactar con ellas.

No llevo nada de efectivo, y eso que cuando salgo a correr por las mañanas siempre me aseguro de tener algunas monedas en la riñonera para comprar el pan. Tampoco hay estación de metro cerca, y no veo ninguna parada de autobús. Sigo avanzando como

puedo por la avenida Vallbona, una carretera inhóspita y poco iluminada que conecta Ciutat Meridiana con la Trinitat. Desde este mirador se dominan todas las autopistas que entran y salen por el nordeste de la ciudad. Un balcón al caos viario matutino, por eso me gusta tanto correr por aquí.

Por fin me cruzo con una mujer. Debe tener unos sesenta años, camina rápido, cabizbaja, y viste un abrigo de lana a cuadros grises y una falda negra, también de lana, que me recuerda a las que usaba mi abuela Vicenta.

—Disculpe, señora, me he lesionado mientras corría y necesito llamar a casa. ¿Podría prestarme el móvil?

—Lo siento, lo siento —repite, agarrando con fuerza el asa del bolso y acelerando el paso.

No me sorprende, si fuera ella tampoco me hubiera detenido aquí en medio para sacar el teléfono del bolso y dejárselo a un hombre desconocido. O sí. En cualquier caso, aunque la rodilla proteste, tengo que hacer un esfuerzo para intentar llegar cuanto antes a la calle Aiguablava, pasada la Casa de l'Aigua de la Trinitat Nova, un lugar más concurrido.

Mientras alzo la cabeza para ver si localizo alguna otra figura humana, pienso que al siguiente transeúnte le explicitaré que tengo que hablar con mi mujer, un anuncio mucho más concreto que lo de «llamar a casa», que suena tan vago que genera desconfianza. Los detalles otorgan credibilidad.

La segunda oportunidad me llega en forma de hombre de mi edad con mochila, gorro de lana, chaleco azul muy voluminoso, botas de operario negras y amarillas (bastante chulas, por cierto) y el mango de unos destornilladores asomando de una especie de cinturón.

—Buenos días, caballero, me he lesionado mientras corría y necesito llamar a mi mujer. ¿Me prestaría su móvil?

Podía prever la negativa del tipo, no que fuera tan desagradable:

—Lo estoy usando yo —miente desvergonzadamente, sonriendo con malicia y sin dejar de caminar. Lo peor no es que ni tan siquiera disimule con ese presunto uso del aparato, sino que al alejarse me dedique el gesto de los surferos que popularizó Ronaldinho.

Echo de menos las cabinas de teléfono. Desde que las retiraron, cada tanto me toca dirigirme a desconocidos para que me presten el móvil. Y cada vez me cuesta más hacerlo. A lo poco amigo que soy de pedir nada a nadie se suma lo difícil que resulta últimamente obtener una respuesta positiva. Esa es la convivencia que nos está quedando después de tanta noticia sobre hurtos, estafas y engaños.

El gesto burlón del hombre del chaleco me ha desmoralizado, por eso me cruzo con un par de personas más sin animarme a pedirles el móvil. Al dolor en la rodilla y a la culpabilidad por preocupar a mi familia se une la pesadumbre de sentirme un idiota y un inútil por ser incapaz de resolver la situación.

¿Por qué los desconocidos ya no me prestan el móvil? ¿Se han oscurecido los tiempos o soy yo quien ha perdido color? ¿Me han abandonado la gracia o el carisma? ¿Debería ser más sonriente? ¿Más dramático? ¿Más yo? ¿Menos yo?

Delante del metro de Trinitat Nova, me cruzo con una chica joven que tiene el pelo tan liso que cuesta imaginarse que pueda negar un favor a alguien. Me acerco, le toco ligeramente el hombro, sonrío y le repito la historia de la rodilla y mi mujer. Escucha atentamente con unos ojos tan abiertos que no pueden sino anticipar una respuesta positiva. Para resultar más convincente, coloco las manos delante del pecho, suplicantes, como los yoguis. Namasté. Pero ni por esas. «Lo siento, no tengo batería», responde la chica mecánicamente, como si ya lo llevara preparado.

Una mujer en la sesentena, un cretino de mi edad y ahora esta chica joven con un cabello imposiblemente lacio, lo he intentado sin éxito en todas las franjas de edad.

Caminando a este ritmo, me demoraré más de media hora hasta llegar a casa. Son las ocho menos cinco. Núria y Candela están a

punto de salir por la puerta. Qué fácil es perder el paso, qué sencillo es que el día se te tuerza, qué frágil es el equilibrio cuando es frágil.

Paso por delante de un bar de la Via Júlia en el que alguna vez he entrado a recuperar el aliento tomándome un café americano y ojeando el periódico a media sesión de *footing*.

—Hola, ¿me reconoces?

—Sí —responde el camarero de un modo tan sonriente como poco convincente. —Diario y café americano. —Pues sí, me ha reconocido.

—¡No! —grito, a un volumen que puede haber resultado excesivo—. No. Hoy café americano, no. Necesito hacer una llamada —le digo señalando un móvil que se está cargando al lado de la máquina para filetear embutido—. Urgente. No llevo dinero, mañana te pago.

—Sí —responde de nuevo el hombre.

—¿Puedo? ¿Me acercas el móvil? ¿Marcas tú el número?

—Sí.

Efectivamente, teclea el número que le doy: el del móvil de Núria.

—¿Núria?

—¿Quién es?

—Yo.

Eso de llamarnos «yo» a nosotros mismos es algo bastante raro, pero en algunos momentos resulta esperpéntico: todos somos «yo».

—¿Dani? ¿Desde dónde llamas?

—Llegaré un poco tarde, me he perdido y me he retrasado.

Evito explicarle lo de la molestia en la rodilla para que no se preocupe.

—¿Y por qué llamas?

—Por eso.

—¿Para decir que vas a llegar tarde?

—Sí, para que no os preocupéis.

—¿Por qué íbamos a preocuparnos? Ya nos hemos imaginado que te habías retrasado. Cada día estás más raro.

—Para que no pensarais que me había pasado algo.

—Te dejo, que estoy entrando al metro.

Eso es todo. NÚria me corta y me quedo con el aparato en la mano.

—Gracias— le digo al dueño del bar.

—¿Tú, no móvil?

—No. Nunca.

El hombre sonrío. Y a continuación hace un gesto que no acier-
to a comprender: se golpea la cabeza con las palmas de las manos,
como si se estuviera poniendo y quitando un casco.

—Sí —contesto, sonriendo yo también.

EL DÍA A DÍA en un despacho es un juego de equilibrios tan inestable, sujeto a unas fuerzas y a unos intereses tan marcados y enfrentados en un espacio tan reducido, que haría falta un doctorado en geopolítica para entender las razones y los significados de cuanto ocurre desde que se enciende la luz cada mañana hasta que la apaga el último en irse, normalmente Quico, el jefe de nuestro departamento de contabilidad.

Es obvio que tener a tu cargo a una docena de trabajadores no es sencillo, que es una tarea complicada ser el responsable de hacerlos rendir mientras vas aguantando sus manías y sofocando sus ambiciones y reivindicaciones, pero la actitud de Quico cada vez me resulta más incomprensible. Y eso que es mi amigo. O lo era, porque ya no sé si considerarlo un aliado o si asumir que la mutua confianza juega en mi contra y concluir que la ha utilizado para neutralizarme. Solo así puedo llegar a comprender una conversación como la que acabamos de tener en el lavabo.

Cuando entré en Pormar hace veinte años, Quico ya estaba aquí. Primero como compañero y luego como jefe. Dos décadas son una barbaridad. Las cumplí hace un mes, y como agradecimiento me regalaron un *pen drive*, una mochila roja y una almohadilla para el ratón con el logo de la empresa. Ah, y lo que es peor: un curso de *mindfulness*. Cómo pasa el tiempo. Además, te confunde: te crees que lo dominas y te está dominando él a ti. Se ha junta-

do con todo lo demás, pero constatar que acabo de cumplir veinte años en el mismo puesto de trabajo sin que haya pasado nada me ha despertado un malestar que parecía adormecido. Desde el día de la almohadilla para el ratón estoy rabioso, me siento como si hubiera sido engañado. Y para colmo, lo del curso de *mindfulness*.

Como buen contable sé que los balances los carga el diablo. También los personales, que sabes cuándo empiezan, no cuándo acabarán. Entré en Pormar con una cierta ilusión, con el sentimiento de haber sorteado un destino sombrío. Después de licenciarme en económicas trabajé en un banco y en una aseguradora, y me parecieron dos entornos demenciales. Entonces surgió la posibilidad de trabajar en el departamento de contabilidad de Pormar, una pequeña empresa dedicada a prestar servicios y a suministrar productos en comedores escolares, residencias y centros sanitarios. Se intentaba hacer todo con un mimo especial, y no nos sentíamos lejos de estar realizando una labor social. Además, el equipo de administración era joven, con gente bastante enrollada, uno podía vestir como quisiera y nos íbamos de copas al finalizar la jornada laboral. Viniendo de donde venía y considerando las alternativas que podía tener un licenciado en económicas, me sentía un afortunado que había encontrado un entorno amable rodeado de semejantes. También me encantaba la ubicación de la oficina: en Provença con Girona, un lugar precioso de la ciudad, a cuatro paradas de metro de mi casa y a cinco minutos del siempre bullicioso barrio de Gràcia.

Pasaron los años y la empresa creció. Respeto a las personas y valores. Menús ecológicos, productos de proximidad, envases ecosostenibles... Pormar fue de las primeras en darse cuenta. Los clientes y la facturación se multiplicaron, así que hubo que comprar una nave gigante y dos plantas más en nuestro edificio para los de administración. La empresa empezó a fichar personal y a cambiar el perfil de los jefes. Marga, la gerente que había cuando entré, era una mujer muy delicada que se había licenciado como educadora social (y que había hecho un máster en gestión). Ahora acaba de aterrizar

un nuevo gerente que tiene a la plantilla en vilo con la amenaza de prescindir de algunos trabajadores a cambio de aumentar los emolumentos de quienes lo merezcan. Un anuncio tan prometedor como peligroso.

«Se ha acabado el café para todos». Esta es la metáfora política que utilizó Rius en la charla informal que dio a todo el equipo de administración.

Esa frase ha sido suficiente para que la empresa entre en combustión. Ningún compañero avala la idea abiertamente, pero quizás no es un mal planteamiento: deshacerse de alguna rémora para hacer justicia con los que más rendimos. No lo sé, ni lo defiendiendo ni lo critico. Todavía no. Si entre Arancha, Inés, Miquel y Rubén asumimos la tarea de Lorena, que ya sabemos que es más lenta que una anciana sacando el billete de veinte euros del monedero después de comprar doscientos gramos de jamón dulce del bueno, y eso sirve para que me paguen lo que me merezco, pues quizás sería una medida práctica.

¿Y Lorena? Vive en Reus y se pasa cuatro horas diarias en el tren, así que a lo mejor hasta le viene bien un empujón para replantearse su vida.

Puede ser un buen momento para que, por fin, se reconozcan mi valor y mis méritos, pero a Quico lo noto demasiado ambiguo. Si yo uso el singular, él responde en plural. Si pongo el foco de atención en mí, me lo arranca de las manos y se alumbra él. Así siempre está en el centro, que por algo es el jefe. La he calificado como una conversación, pero la palabra suena demasiado formal para el fugaz intercambio de palabras que he tenido con Quico cuando lo he encontrado en el lavabo:

—Bueno, por fin... —le he dicho desde una distancia cortés, mientras esperaba que acabara—. Quiero hablar contigo.

—Me estaba meando encima. Llevo toda la mañana de reunión en reunión. Rius es infatigable. Aunque siempre empiezan con muchas ganas y luego se van desbravando.

—¿Y qué más se sabe?

—Saber saber, no se sabe nada.

—¿Te han dicho algo de mí?

—Ahora están examinando las plazas. Las piezas. La estructura. Luego vendrán los nombres. Primero el qué y luego el quién.

Las plazas. Las piezas. La estructura. Dice Quico haciendo unas pausas insoportables entre las que se cuela el sonido de un buen chorro de orina golpeando el mármol del urinario. Mientras, me pregunto: ¿por qué esas pausas dramáticas? ¿De dónde surge esa teatralidad tan forzada? Si Quico no es así... Aunque no debo olvidarme de que hay muchos Quico, uno para cada situación.

—Joder, Jodar.

Las bromitas tontas con su apellido siguen perturbando mucho a Quico Jodar. Hay heridas que nunca se superan, por más que pasen los años.

—No me trates así. —Pausa—. Sabes que siempre hablo bien de vosotros.

Quico se sube la cremallera de la bragueta y, aunque ya esté completamente cerrada, sigue tirando hacia arriba. Inicialmente me parece un gesto estúpido e irracional, pero no tardo en superar la ingenuidad e interpretarlo como lo que es: un ademán autoritario.

—No uses el plural, no me lo merezco. Llevo veinte años a tu lado. ¿Quieres que te recuerde...?

—No quiero que me recuerdes nada —replica apretando el botón del urinario.

—¿Por qué no quedas con Rius fuera de aquí y aparezco yo? Así me conoce y me das visibilidad. El anterior gerente creo que no sabía ni de mi existencia.

—Eso no es verdad. Además, siempre he admirado tu discreción, es una manera muy hábil de estar sin que te molesten demasiado.

—Veinte años. En la misma mesa. Todavía uso la grapadora que me disteis el primer día.

—Esas grapadoras son cojonudas. Las que empezaron a comprar después son un asco. Las grapas se doblan. Es como si les faltara fuerza.

—Me han condecorado con una almohadilla para el ratón, pero necesito algo más. Si Rius me conoce personalmente, es más fácil que me tenga en consideración.

Desde la torre de gerencia todos los empleados son hormiguitas intrascendentes, por eso conviene hacerse ver.

—Voy a moverme, ¿entiendes?

—Tengo que entrar en otra reunión. Ayer acabamos a las diez de la noche. Y camino a casa, Rius me llamó al móvil.

No soporto cómo Quico va corriendo el foco, así que ya que va de él, hablemos en serio:

—Cuando te rompiste el fémur esquiando, ¿quién tiró del carro? ¿O tampoco te acuerdas de cuando me dijiste que si no fuera por mí no te hubieras atrevido a operarte del menisco?

—Uf, no me lo recuerdes. Qué mal lo pasé tantas semanas en casa, sin poder venir a trabajar.

—Mmm.

—Siempre hablo muy bien de vosotros, Dani.

Y cómo habrá sido la cara que le he dedicado que ha rectificado inmediatamente antes de desaparecer sin lavarse las manos:

—De ti, quiero decir.

DESPUÉS DE HABLAR CON Quico en el lavabo, no me ha quedado más remedio que bajar a desayunar con mis compañeros. Acostumbro a hacerlo solo, para desconectar, pero quiero tomar la temperatura al ambiente. Es miércoles, así que seguro que estarán en el Yafa: los protocolos evitan discusiones.

—Un café americano —le pido a Walid, que está sentado en una silla.

—Hoy soy europeo y no tengo ganas de trabajar —contesta sin incorporarse. Qué sería del barrio sin su sentido del humor.

Tengo que elegir si me siento en la silla que hay entre Miquel y Rubén, que discuten sobre si las mejoras del ChatGPT pueden considerarse mejoras, o en la que hay entre Inés y Arancha, que hablan de la caída de Whatsapp durante unas horas.

Susto o muerte.

—¿Cuántas horas, decís?

—Si a ti no te afecta, como no tienes móvil —me interpela la joven Arancha esbozando una sonrisa llena de simpatía. ¿Cuántos años tendrá? ¿Veintiséis? ¿Veintiocho? ¿Treinta ya? Le debo sacar unos veinte años. Entré a trabajar en Pormar con su edad. Y mira.

—Ahora la que ya tiene móvil es Candela —informo, volviendo a la conversación.

La hija tiene móvil y el padre no: admiradme.

—Pensaba que no le ibais a dejar que tuviera móvil hasta los dieciocho.

Sé que el comentario de Arancha es una forma de hablar, que no se expresa de un modo literal, pero sus palabras me saben a hostias. ¡Cómo se atreve a tergiversar así mi ideología! Prohibir que tu hija tenga móvil hasta los dieciocho años sería propio de un fanático. Espero que Candela sea una chica normal, una criatura de su tiempo, y si en algún momento ella decide tomar distancia de algún mandato social, que sea por iniciativa propia, jamás por una imposición de su padre.

—¿A vosotros también os sorprende que mi hija tenga móvil?
—pregunto al resto de la mesa, que me observa en silencio—. Vamos, podéis responder, que no es ninguna pausa dramática.

Se empiezan a mirar los unos a los otros. Todavía en silencio. Son las mismas caras que ponen cuando me enfrento a Quico para hacerle entender que algo no es una buena idea mientras ellos callan. Callan tan fuerte que hacen que parezca que estoy gritando. Menos Arancha. Arancha la nueva. Arancha la espontánea. Arancha hablo porque tengo boca, que sonrío maliciosamente con los ojos antes de disparar con bala:

—Ah, Dani, el domingo conocí a un hombre que tampoco tenía móvil. Como tú. Era un *cuñao* total. Y terraplanista. Nos pegó una comida de olla que todavía me duele la cabeza.

Miquel remacha el clavo:

—Un día tendríais que organizar una reunión de personas sin móvil, sería para verlo. La fauna que se juntaría ahí.

—Vamos —interviene Inés, a quien incomoda mucho el conflicto.

Nos acercamos todos a la barra.

—¿Quién invita? —bromea Walid.

—Cada uno lo suyo.

—Aquí en Europa cada uno siempre a lo suyo, ja, ja, ja.

Razón no le falta: es muy ridículo que después de tantos años los compañeros de trabajo hayan sido incapaces de encontrar fórmulas más elegantes de pagar el desayuno.

Salimos del Yafa y el grupo se disuelve en parejas o como mucho en tríos. Los frentes de cuatro o cinco caminando en paralelo, a lo Reservoir Dogs, son algo que solo se atreven a hacer los jefes. Los soldados rasos nos fragmentamos en células pequeñas que no molesten a los transeúntes.

—¿Cuántos años debes tener? —le pregunto a Arancha.

—¿Que cuántos debería tener?, ¿por qué?

—Que cuántos tienes... —aclaro.

—Veintiocho.

—Si me hubieras contestado que veintiséis te hubiera respondido que con esa edad entré yo a trabajar aquí a Pormar.

—Ah.

—Y mira.

—Sí —responde con incomodidad y acelerando el paso para llegar a la puerta, que está aguantando Rubén. ¿Qué puedo haber dicho que le haya molestado? ¿O es que se siente mal por haberme llamado cuñado terraplanista?

Antes de entrar en el despacho, nos cruzamos con Sonia Laje, la directora de recursos humanos, que agita una mano a nuestra derecha mientras pronuncia mi nombre: «Dani».

—Dime. —Entonces se me ocurre que antes de decirle que me diga, quizás tendría que haber saludado—: Hola. Dime.

—¿Tienes un segundo?

—Tengo un segundo.

La escalera en espiral que conecta las plantas del edificio siempre es un sitio tranquilo para hablar.

—Aquí mismo —dice.

—¿Qué tal?

Sonia Laje es una mujer de trato suave. Suavísimo, casi resbaladizo. Alguien no iniciado podría confundir la delicadeza de sus formas con debilidad, pero es todo lo contrario: una piedra inexpugnable. Una roca lisa, húmeda y resbaladiza imposible de escalar.